MONTOBBIO, Manuel, *Búnkeres*, Icaria, Barcelona, 2015, 216 pp.

No son las memorias diplomáticas un género frecuente en España. Tampoco son habituales los libros escritos por embajadores sobre los países en que han estado destinados. Más raras son aún aquellas obras que compaginan el análisis político con una aproximación literaria a las sociedades en que han sido jefes de misión. *Búnkeres*, de Manuel Montobbio, pertenece a esta última categoría. Aunque ya había escrito una *Guía poética de Albania*, país en el que fue el primer embajador de España entre 2006 y 2011, el autor vuelve sobre este pequeño Estado balcánico en un libro singular, a la vez poema y ensayo.

En la era de la globalización, en la que los gigantes económicos compiten por la definición de las reglas del juego de un mundo en transformación, no solemos prestar mucha atención a los Estados de pequeñas dimensiones. Albania es, sin embargo, un interesante objeto de estudio. Lo es por su experiencia totalitaria durante la guerra fría y por su posterior transición política, pero también—y éste es quizá el enfoque preferido por Montobbio—por las ideas y sentimientos contradictorios que se suceden en la mente y el corazón de los albaneses, al pasar de una cárcel aun mundo en el que no saben cómo orientarse. El drama de su historia contemporánea ha impregnado un alma colectiva, cuyas señas de identidad este libro busca desentrañar.

El símbolo que mejor representa la esencia de Albania es, para el autor, el búnker. Con 28.000 kilómetros cuadrados y 3,5 millones de habitantes, Albania es un país bunkerizado desde que su líder supremo, Enver Hoxha—tras haber roto primero con Tito, después con la Unión Soviética por el revisionismo de Krushev, y con China después de que Mao recibiera a Nixon—, decidiera defender su paraíso en la Tierra de una posible invasión enemiga. La construcción de cerca de un millón de búnkeres respondía a una motivación militar, pero también a los imperativos de movilización nacional del régimen, convirtiéndose así en una opción de psicotización colectiva. No se trataba sólo de defender el poder de Albania hacia fuera, sino también hacia dentro, en cada albanés: “Tal vez sea por ello, sí, que el búnker se convierta no solo en una construcción que puebla el paisaje y el rostro de Albania; sino también en un símbolo que aprisiona su alma. Símbolo de una época, de un poder, un tiempo, un ánimo o desánimo colectivo, una obsesión, una razón y una sinrazón. Y que a medida que se va haciendo presente en el paisaje que ven sus ojos, se vaya haciendo presente también en el que habita su alma. Y lo invada todo”.

Cuando cayó el comunismo, había en Albania un semáforo, 400 coches y casi un millón de búnkeres. También una montaña, en Gjirokastra, ciudad natal de Hoxha, donde estaban gravadas las cinco letras de su nombre: ENVER. Por mucho que se intentó resultó imposible eliminarlas, y hubo que dinamitar la montaña, dejando un vacío tan simbólico como el del alma de los albaneses, encerrados en sus búnkeres internos. La narración y los poemas del libro describen de manera certera el impacto del poder absoluto: la obediencia ciega en el mundo nuevo del socialismo bajo la dirección del Partido del Trabajo de Albania, única encarnación de las esencias del marxismo-

leninismo. Un imperio que, como en *El Palacio de los Sueños* de Ismail Kadaré, el gran escritor albanés, se gobierna a partir de la captura e interpretación de los sueños de sus súbditos.

El trabajo de los creadores está por supuesto dirigido. No hay más realidad que la descrita en las obras completas de Hoxha, traducidas a todos los idiomas por una agencia estatal dirigida por su mujer. En Kinostudio se rodaron las únicas películas que se podían proyectar (las yugoslavas y soviéticas eran tan degeneradas como las del mundo capitalista). Si un cuadro contradecía la realidad por incluir árboles azules, su pintor sería reeducado en prisión. Al no poder haber nada fuera del búnker, la Constitución también declaró la inexistencia de Dios. La catedral católica de Shkodra, la mayor de los Balcanes, fue reconvertida en Palacio de los Deportes.

¿Cómo se sale de esa pesadilla? ¿Cómo se produce el tránsito de las multitudes llorosas ante el féretro de Enver Hoxha en abril de 1985 a las multitudes que derribaron su estatua, que tanto recordaba a la de Kim Il Sung en Pyongyang, en el centro de Tirana en 1991? Este proceso de cambio constituye la segunda parte del libro.

Poco después de la simbólica destrucción de la estatua de Hoxha se convocaron las primeras elecciones democráticas, y una nueva Constitución transformó la República Socialista de Albania en la República de Albania. La transición política nunca iba a resultar fácil en un Estado nacido tras la primera guerra mundial, y en manos del totalitarismo desde la segunda. Su legado histórico y cultural, entre Oriente y Occidente, tampoco propiciaba una rápida adopción de los principios y prácticas del liberalismo político. Pero el amanecer de un tiempo nuevo pronto se convirtió en desorientación. Hoxha había desaparecido, pero los albaneses no supieron “liberarse del búnker que les apesaba el alma”. El hundimiento de la economía situó al país, por otra parte, en el umbral del colapso financiero, y una parte considerable de la población (hasta un tercio) optó por buscar nuevas oportunidades en el extranjero, en Grecia e Italia sobre todo, en la mayor migración conocida por Europea desde la posguerra, y sólo superada por la que vivimos en la actualidad.

Los ajustes y la ayuda internacional habían comenzado a equilibrar las cuentas hacia mediados de los años noventa, cuando los albaneses cayeron presa de un fenómeno de pirámides financieras que, en 1997, condujo al hundimiento del Estado. El país se sumió en violentas revueltas sociales y en una completa parálisis política e institucional. La ausencia de un contrato social previo al que volver, de una experiencia de régimen político anterior sobre el que construir el futuro, explica—como señala el autor—que, más que una transición, las circunstancias exigían una fundación. Para una sociedad que había vivido durante siglos entre el clan y el imperio, no se trataba tanto, en efecto, de la democratización del Estado como de su reconstrucción. El reto que afrontaba el sistema político albanés no era sólo, en consecuencia, el de definir las reglas para el acceso al poder, sino—sobre todo—la transformación del poder mismo y su naturaleza.

Quizá por su atención a la dinámica interna, Montobbio apenas dedica unas breves páginas al contexto exterior, si bien califica el papel de la comunidad internacional

como determinante de los equilibrios que hicieron posibles los acuerdos entre los distintos actores políticos nacionales. En 2009, Albania se incorporó a ese antiguo enemigo que fue la OTAN y, curiosamente, es uno de los escasos miembros que cumple con el compromiso de dedicar el dos por cien del PIB a la defensa. Desde 2014, Albania cuenta, por otra parte, con el status de candidato oficial a la adhesión a la Unión Europea; un proceso sujeto, sin embargo, a la consolidación de las reformas internas. Según señala el último informe de la Comisión: “[Albania] tiene que hacer más para corregir una cultura política de división y asegurar un diálogo constructivo entre los diferentes partidos”.

Los cambios de régimen político tienen sus propias peculiaridades locales, por lo que el examen del caso albanés enriquece las teorías sobre las transiciones. Siempre resulta útil, por lo demás, poder asomarnos a esa Europa oriental que tan mal conocemos, pero que—superadas las décadas de alejamiento de la guerra fría—, forma parte de nuestro destino común como Viejo Continente.

No es ésta, sin embargo, la única aportación del libro. Habría que destacar de manera especial, por concluir, la habilidad del autor para hacernos sentir de cerca la inquietud, los temores y esperanzas individuales de los albaneses. También para describir la manera en que el totalitarismo desvirtúa las pulsiones y necesidades más básicas de la condición humana. Albania es un fresco sobre el que Montobbio ha planteado algunas de las preguntas más universales que podamos hacernos. Al enriquecerlo, además, con sus poemas nos ofrece una perspectiva no sólo original, sino de verdadera intuición sobre las fuerzas que dirigen nuestro comportamiento.

Fernando Delage
Universidad Pontificia de Comillas ICAI-ICADE